

Yendo pues mas adentro con la gente,
Por mas asegurarse deste miedo,
Con el Francisco dieron de repente;
Fernando de Alcocer y un Escovedo
Arremeten á él incontinente,
Y el Francisco Martin estuvo quedo,
Haciendo con las manos altas luego
Señas de paz y muestras de sosiego.

Holgóse la cristiana compañía
De vello tan pacífico y tan quieto,
Reconociendo que de paz venia
Y ser muy principal en el aspeto:
Tractáronlo segun que convenia,
Y tuvieron todos buen respeto,
Con el cual se vinieron allegando
Al vado que los otros van pasando.

Y él de su voluntad lo mismo quiso,
Sin ser de los soldados compéldo,
Mas aquel que lo via de improviso
A gran admiracion era movido:
Al Estéban Martin dieron aviso
Del indio que de paz era venido,
Para que como lengua declarase
Lo que dél conociese y alcanzase.

El cual, después de habelle preguntado
Quién es ó de qué parte se divierte,
En nuestro castellano bien cortado
Dió luego la respuesta desta suerte:
«Soy Francisco Martin el desdichado,
Cursado bien en tragos de la muerte,
La cual no me daria ya molestia
Viéndome donde dejó de ser bestia.

»Inmensas gracias doy á aquella fuente
De donde mana toda cosa buena,
Pues vino sobre mí con el torrente
De su clemencia con merced tan llena,
Que salgo del desorden desta gente,
De cuanto puede ser virtud ajena,
Pues puedo decir dellos en su mengua
Ser bestias que se entienden por la lengua.

»No porque en el hablar sean perfectos,
Porque torpezas son y devaneos:
Solamente declaran sus concetos,
Cuál es su no querer ó sus deseos;
Y aquesto no por términos discretos,
Sino por confusisimos rodeos,
Pues que para decir dulces ó amargas
Tardarán en hablar dos horas largas.

»Sin orden, sin concierto, sin templanza,
Porque ninguno dellos esta sigue,
No tienen ley, ni fuero, ni ordenanza,
Ni cosa que á vivir bien los obligue:
Cada uno se toma su venganza,
Si puede, sin juez que lo castigue:
¿Qué sentiria yo pues de mí mismo,
Entre tan mal compuesto barbarismo?»

Finalmente les dió razon y cuenta
De lo que les habia sucedido
En aquella famélica tormenta
Do los demás habian perecido:
Y escuchando la gente descontenta
Razones que lastiman el oido,
Cada cual procuró que se le diese
Ropa con que sus carnes encubriese.

Cuál le daba camisa, cuál sombrero,
Cuál el cosete viejo que vestia,
Cuál calzado de hilo, cuál de cuero,
Cuál de las alhauelas que traia;
Finalmente que cada compañero
Daba de la pobreza que tenia,
Y no tan solamente de vestido,
Pero de lo demás fué proveido.

Mas antes de dejar arco y aljaba,
Y aquel ligero traje de floresta,
Fué do la gente de indios esperaba
A dalles de lo visto la respuesta:
Dijo no ser la gente que pensaba,
Sino buena, leal, grata y honesta,
Y de cuyos respetos y templanza
Tenia toda buena confianza.

Y que no la tuviesen ellos menos,
Porque también á estos conocia
De virtud y modestia todos llenos,
Y no como los otros que él decia;
Que los fuesen á ver, pues eran buenos,
Hidalga y apacible compañía;
Y para los vencer con su consejo
Mostróles ciertas cuentas y un espejo.

Ellos sin repugnancia ni debate
Cumplieron del Francisco los intentos;
Los nuestros, para que de paz se trate,
Hiciéronles muy buenos tractamientos,
Dándoles menudencias de rescate
Con que quedaron ledos y contentos;
Para sus casas luego se aperciben
Donde de buena gana los reciben.

En los cuales asientos y estalaje
Fueron algunos dias detenidos,
Y para lo restante del viaje
Mas que medianamente proveidos.
Allí mudó Francisco Martin traje,
Y usó de nuestras ropas y vestidos,
Y supo su mujer, y suegra, y suegro
Su buen yerno no ser indio ni negro.

Ni deseaban yerno por vecino
Que supiese jamás andar vestido;
Mas cuando se partió y el tiempo vino
Que su deseo viese ya cumplido,
Sirviendo quiso ir por el camino
La hija del Bubur á su marido;
La cual india salió tan cómedida,
Que le sirvió muy bien toda su vida.

De su peregrinar siguen el resto,
No sin grande deseo de sosiego;
Y como fué jornada desde puesto
Que no les pudo dar camino ciego,
En Maracaibo se pusieron presto,
Y á la ciudad de Coro fueron luego,
Do quedó Santillana por justicia,
De quien dimos atrás larga noticia.

Contra quien no faltaban indignados,
Como suele tener cualquier que manda,
Mayormente si los desvergonzados
La mano del juez no sienten blanda;
Tenia Coro pues amancebados,
Y estos la noble gente de su banda,
Y el dicho Santillana como bueno
Procuraba ponelles algun freno.

Para vengarse del rigor amargo
Hallaron estos el lugar abierto,
Y fué decir que ya no tiene cargo,
Pues el que se lo dió quedaba muerto;
El dicho Santillana, sin embargo,
Procedia por orden y concierto;
Mas aunque por mil vias se repara,
En efecto quitáronle la vara.

Pusiéronle también duras prisiones,
Puesto que pareceres hubo varios,
Y las grandes revueltas y pasiones
Enhilaron negocios no sumarios:
Hicieron contra él informaciones
Al beneplácito de sus contrarios;
Hubo testigos tales y tan duros
Que les averiguaron ser perjuros.

A los cuales después, dias siguientes,
Siguió por tales vias y maneras,
Que hizo desterrar y quitar dientes,
Y algunos condenar para galeras,
Sin vaelles amigos ni parientes;
Por tomar los negocios tan de veras,
Que quiso después ir por su presencia
Contra ellos á la real audiencia.

De do como tuviesen ya noticia
De todas las pasiones sucedidas,
Vino con cargo de real justicia
Y obispo, don Rodrigo de Bastidas;
El cual, reconociendo la malicia,
Y las cosas sin orden proveidas,
Como venia con intencion sana
Mandó luego soltar al Santillana.

Procuró mitigar enemistades,
Como varon muy bien intencionado;
Plantó su catedral con dignidades,
Y planta y ereccion de buen prelado,
Haciendo las demás solemnidades
Anejas á tan inclito cuidado;
Y puestos frenos á la gente suelta
Para Santo Domingo dió la vuelta.

Quedó por provisor don Joan Robledo,
Chantre y después dean de Venezuela,
Que yo comuniqué con verso ledo
Y prosa desde el Cabo de la Vela;
De otra dignidad decir no puedo
Sino del padre Fructos, de Tudela,
En aquella provincia bien antiguo
Y que también yo tuve por amigo.

Y porque los de Coro por entero
Tuviesen de justicia cumplimiento,
Dejóles por juez un caballero
Con quien tuvieron gran contentamiento:
Este es Alonso Vazquez, tesorero,
Hombre de muy cabal entendimiento,
Cuyos gobiernos y judicatura
Fueron de gran valor y gran cordura.

Bien pudiera tocar mi baja lira
Otros muchos negocios sucedidos;
Mas por algun espacio se retira
A la reformation de sus sentidos,
Hasta que Fedrimán y George Espira
A la gobernacion sean venidos;
Y pues he de tocar cosas de espanto,
Quiero templar sus cuerdas entre tanto.

ELEGIA II.

A la muerte de George Espira, cuarto gobernador
de las provincias de Venezuela.

CANTO PRIMERO.

Después del sacrosanto nacimiento
Y aquella felicísima venida,
El sol, segun su propio movimiento,
Habia dado por igual medida
Treinta y seis vueltas con quinceno ciento
Al círculo que llaman de la vida,
Pues de sus movimientos se deriva
Al mundo la virtud generativa.

Cuando con vuelo mas que presuroso,
La fama, como ya tiene de maña,
Hizo luego patente lo dudoso,
Estendiendo por tierras de Alemaña
El remate de Ambrosio trabajoso;
Y los señores de la gran compañía
Nombraron por estar mas á la mira
Por su gobernador á George Espira.

Pues aunque Fedrimán fué pretendiente,
Y con razon el cargo se le deba,
No se halló parece ser presente
En aquel tiempo que llegó la nueva;
El cual de capitán muy escelente
Habia dado ya bastante prueba:
Formó sus quejas á la compañía
Del gran agravio que se le hacia.

Aquella gente noble le confiesa
El ser justificadas sus razones,
En secreto haciéndole promesa
Enviarle bastantes provisiones;
Y pues aquello de presente cesa
A causa de perder las ocasiones,
Volviése con el otro caballero
Como coadyutor y compañero.

Embarcóse con esta confianza
En la flota que vino George Espira,
Espira sin recelo de mudanza,
A lo que Nicolao mas aspira;
Por términos urbanos y crianza
Cada cual se respecta, tracta y mira,
Y á Coro, donde van encaminados,
Llegaron con gran copia de soldados.

Hombres de mucha suerte, de los cuales
Musior de Radou era gran hombre,
Y el alférez que fué Martin Gonzalez,
En los hechos hidalgo y en el nombre;
Los dos Velascos, hombres principales,
Y dignos de tener este renombre,
Franciscos ambos, tío y el sobrino,
Que en Cubagua después fué mi vecino.

Del número también desta reseña
Fué Cárdenas, insigne caballero,
Sancho Briceno, Alonso de la Peña,
Después en la Española tesorero,
George de Almeda, Pedro de Nurueña,
Y Lope de Montalvo, muy entero
En paz y en belicosa coyuntura
Y varon de grandísima cordura.

Y con los que saltaron en el puerto
Fué parte no menor de la cuadrilla
Un Peña, que llamábamos el Tuerto,
De gran valor para cualquier rencilla;
Fué Murga, Santa Cruz y fué Roberto,
Y destes mismos fué Joan de Bonilla;
Joan de Villegas, hábil escribano;
Diego de Montes, diestro cirujano.

Y célebre varon en medicina,
Que de yerbas halló grandes secretos,
Con cuya propiedad a la continua
Obraba salutariferos efectos,
Y también en guerrera disciplina
Fueron maravillosos sus concetos:
Vinieron otros muchos, que no cuento,
Soldados de grandísimo momento.

Poco tiempo después de la venida,
Estos gobernadores diligentes
Se concertaron para la salida
A descubrir por partes diferentes;
Entrellos fué la gente repartida,
Pero los baquianos conocientes
Del dicho Fedrimán él se los lleva,
Y al Espira siguió la gente nueva.

De los viejos llevó como sesenta,
Y al Estéban Martin por su gran tino,
Y por saber que de cualquier afrenta
Lo podia sacar en el camino;
Llevó, por ser persona de gran cuenta,
A Martin de Artiaga, vizcaino,
Y á otro capitán, Joan de la Puente,
Lengua de caquetios escelente.

De gente que llamábamos isleña,
Por nombres no sabré decir el resto;
Mas era principal en la reseña,
Y en hechos valerosos el mas presto,
El capitán Guziere de la Peña,
Que fué mariscal mucho después desto,
De cuya discrecion y fuerte Marte
He hecho relacion en otra parte.

Para regir el campo peregrino
El mas viejo Velasco fué teniente,
Alférez ansimismo su sobrino,
Capitán de jinetes desta gente
Fué Lope de Montalvo, varon dino
De muy mas alto cargo y emfiente,
Y de los otros hombres principales
Nombraron los restantes oficiales.

Espira pues, con el aviamento
Que para su viaje le convino,
Su derrota llevó por barlovento
De Coro, y Fedrimán hizo camino
Al dicho Maracaibo, con intento
De no dejar el término marino
Hasta ver y saber si le llegaba
Despacho del gobierno que esperaba.

Salió pues George Espira mas pujante
Con quinientos soldados chapetones;
Doscientos dellos envió delante,
Que van por las serranas poblaciones
Con tres caudillos, cada cual bastante
Para regir mayores escuadrones:
Estos iban con orden y decreto
Que saliesen á Barraquicimeto.

Do también iba él por otra vía
A subyectar el bárbaro vecino,
Y el Estéban Martín era la guía
Como cursado bien en el camino;
El cual al campo todo precedía
Para mejor valerse de su tino,
Y así con el favor y aviso suyo
Brevemente llegaron al Tucuyo.

Donde, por ser provincia bastecida,
Hizo pausa con estas compañías,
Ansi por proveerse de comida,
Como para llevar algunas guías;
E ya la gente bien apercebida
De bastimento para ciertos días,
Pasó por Cazanan, y hizo muestra
Ir el camino de la mano diestra.

Atravesó por villas y lugares,
Y del Aragua río vió la fuente;
Entró por la provincia de Ticares,
Pobre, feroz y belicosa gente,
Y cuyos adherentes y ajuares
El arco y flechas eran solamente;
Sirve de cama la madera dura,
Sin paja, hoja ni otra cobertura.

Entrellos se castigan los escesos,
Sin reservar casado ni soltero,
Cuando son atrevidos y traviosos;
No tienen oro, plata ni dinero,
Mas por riquezas tienen ciertos huesos
Como joyas colgados del garguero:
Son en todas costumbres diferentes
De todas las demás cercanas gentes.

Y á muchas gentes que les son estrañas
Aquestos suelen ser cruel azote;
Y así los nuestros, vistas estas mañas
Y no hallar allí próspero dote,
Rompieron por las ásperas montañas
Hasta venir á dar á Cocorote,
Que tiene campos de mayor distancia,
Y de buenas comidas abundancia.

Allí hallaron gente caquetia,
Hombres de mas primor y mejor traza;
Y el George Espira quiso cierto día
Por estos campos rasos ir á caza,
Con seis ó siete de su compañía,
Soldados de valor y hombres de plaza:
Redon, Villegas y Joan de Bonilla,
Velasco y otros tres de su cuadrilla.

Caminando la vuelta del ocaseo,
Acia las faldas de unas serrezuelas,
Llevando, como suelen en tal caso,
Los ojos mas que vivás centinelas,
Vieron tres indios chipas en un raso,
Armados con sus dardos y rodela;
Y para los tomar y subyectarlos
Hieren de las espuelas los caballos.

Los indios, aunque vieron el intento
Y de los caballeros el denuedo,
No por eso hicieron mudamiento,
Mas antes cada cual estuvo quedo;
Sin que se recelase rompimiento,
Ni se manifestase claro miedo,
Llegan, y cada uno de los siete
Para tomallos vivos arremete.

Los tres con furiosa destemplanza,
Viéndose de los siete rodeados,
El caballo rebatan y la lanza
Con golpes de macana, tan pesados,
Que fueron los de la mayor pujanza
En el acometer mas atentados,
Porque al caballo de menor resguardo
Pasaron las entrañas con un dardo.

En la continuación del duro juego,
Que en daño de los nuestros se convierte,
A otros tres caballos hieren luego,
Y la menor herida fué de muerte;
Enciende la pasión bélico fuego,
Donde las llamas fueron de tal suerte,
Que de los españoles referidos
Quedaron de los siete seis heridos.

Viendo cómo mostraba la canalla
Los brazos fuertes y los piés livianos,
Bajóse del caballo do se halla
Cualquiera de los ya dichos cristianos,
Y para conclusion de la batalla
Arremeten con lanzas en las manos;
Mas vista la feroz arremetida,
Dos indios se pusieron en huída.

Volaba cada cual, que no corría,
Después de granjear honra notoria,
Y al uno parecióle cobardía
Huir sin ver el fin de la victoria;
Y así con todos siete combatía,
Con un esfuerzo digno de memoria:
Admiraban los golpes y destreza
Y aquella nunca vista lijereza.

Francisco de Velasco, con despecho
De ver encantamiento semejante,
A él encaminó salto derecho,
Y el bárbaro salió tan adelante,
Que juntaron los dos pecho con pecho;
Mas acuden los otros al instante,
Y fué de tantas manos detenido,
Que se vió preso, pero no rendido.

No quiere George Espira que ya muera,
Ni consiente que sea maltractado;
Mas en prisión fué puesto y en collera,
Y á diez indios ladinos entregado,
Los cuales lo llevaban de manera
Que no pudo huir por mal recado;
Caminan pues con él por campos llanos
Al campo donde estaban los cristianos.

El chipa caminando va sin pena
Con estos naborias ó vasallos;
Pero viéndose lejos del arena
Donde quedaban los de los caballos,
Asió del un ramal de la cadena
Y comenzó con él de santiguillos;
A uno santiguaba las cervices
Y á otro derribaba las narices.

Lastima brazos y quebranta codos,
Llevando lo peor quien mas se adarga;
Al fin él esgrimió por tales modos,
Y era la fuerza tal con que descarga,
Que del chipa cruel huyeron todos,
Y tuvieron por bien de dalle larga;
Y á los gritos que daban desde un cerro
Acuden españoles con un perro.

Era perro de gran conocimiento
Y bien instruido para tales lances;
Y como lo vió ir en el momento
Sigue del fuerte chipa los alcances:
El indio reparó, ya sin aliento,
O sin temor quizá de tales trances,
Y como vió venir aquel alano,
Para se defender probó la mano.

Mas el perro feroz encarnizado,
Sin recelar los golpes de cadenas,
Saltó con el mancebo desdichado,
Cebándose en la sangre de sus venas;
Y de sus carnes, ya despedazado,
Las voraces entrañas fueron llenas,
Y así se concluyó la valentía
De que dió claras muestras aquel día.

Después que por allí se pertrecharon
De los cotidianos menesteres,
Acia Catimayagua caminaron
Para circuncidalle los poderes;
Y así de un pueblo solo le sacaron
Mas de seiscientos hombres y mujetes;
Prosiguen adelante, y en efecto
Allegaron á Barraquicimeto.

Donde los que venían por la sierra
Habian hecho ya lances sangrientos,
Porque todos los indios de la tierra
No daban necesarios alimentos;
Antes los persiguió gente de guerra,
Conociendo no ser mas de doscientos,
Y acertó de llegar el George Espira
En el rigor de la guerrera ira.

No fué poco sangrienta chirinola,
Pues salieron heridos mas de ciento,
De los cuales fué Diego de Urriola,
Y un Alonso Martín, que era sarjento,
Urrea, Juan de Oñate, Casasola,
Cardenas y otros muchos que no cuento;
La tierra se corrió que era contigua,
Hasta venir á dar á Hacarigua.

De grandes y estendidas poblaciones
Y llenas de naciones diferentes,
Cuibas, caquetios, y coyones,
Giraharas feroces y valientes.
Allí los españoles chapetones
Cayeron muy enfermos y dolientes,
Y fué tanta la gente que caía,
Que les cumplió hacer enfermería.

Quedó Murga, persona señalada,
Con la guarda que Jorge les aplica,
De todas armas bien aderezadas;
Dejóles también médico y botica;
Prosigue mas adentro su jornada,
A fin de descubrir tierra mas rica;
Caminan hasta tanto que pasaron
El río del Estribo que llamaron.

Descubren campos anchos y hermosos,
Con daño de las gentes mas vecinas;
Atravesaron rios caudalosos,
Guanaguanari, Tapia y á Barinas;
Los indios giraharas, belicosos,
Salieron á las gentes peregrinas
En campo llano y en zavas rasas,
En guarda y en defensa de sus casas.

Contrarios con contrarios se juntaron;
Suena de duros golpes el ruido;
Los indios de tal suerte pelearon,
Y este recuento fué tan bien reñido,
Que á cuatro de caballo derribaron,
Y entrellos á Montalvo mal herido;
Pero los nuestros son superiores,
Y quedaron del pueblo por señores.

Ya los matices del florido cuérno
Y pomíferas plantas del verano
Habian dado fines al gobierno
Del sustento que dan al ser humano;
Y nimbos procelosos del invierno
Venian estendiendo ya la mano,
Pues de crecientes fuera de sus senos
Los campos comarcanos iban llenos.

De tal manera, que les fué forzoso
Suspender sus peregrinaciones,
Buscar lugares para su reposo
Y recoger algunas provisiones,
Hasta pasar el tiempo pluvioso
Y las tempestuosas confusiones;
Y parecióles, por mejor valerse,
En dos partes distantes recogerse.

Allí con grande parte de la gente
Se detuvo, por ser hombre bastante,
Francisco de Velasco, su teniente,
Y el Espira pasó mas adelante;
El cual halló recado conveniente,
Seis leguas del Velasco mas distante,
Y aunque Velasco pudo bien hacello,
En dos meses, ó mas, no quiso vello.

Antes dicen decir estas razones
A Castrillo, Mendoza y á Castuera,
Pancorvo y Alcoer y otros varones:
« Si veinte como vos ó mas tuviera,
En menosprecio destes borrachones
Yo sé, señores, bien lo que hiciera,
Pues es bajéza, poquedad y mengua
Mandarnos gente de contraria lengua.»

Estas murmuraciones ó consejas,
Ya fuesen con verdad, ya con mentira,
Algunos susurrones y vulpejas,
Ardientes nutrimentos de la ira,
Debieron de llevar á las orejas
Del alemán valiente, George Espira;
Y por informacion que hizo dello
Al alguacil mayor mandó prendello.

Por no ser tales las informaciones
Que las culpas hiciesen evidentes,
Y por quitar algunos trompezones
Cerca del parecer de muchas gentes,
Mandó que lo llevasen en prisiones
Al pueblo do dejaron los dolientes:
Estos estaban ya disminuidos,
Por ser la mayor parte fallecidos.

El Murga, capitán, era ya muerto,
Y de la dicha gente la restante,
Viendo no tener fuerzas ni concierto
Para poder pasar mas adelante,
Volver desean al marino puerto,
Y nombran capitán, hombre bastante:
Este fué Martín Sanchez, un soldado
Antiguo, y en la tierra muy cursado.

Aqueste Martín Sanchez, que ya digo,
Rigió la poca gente con tal peso,
Que el mas duro rigor del enemigo
Ninguno de los suyos hizo lesos.
Con todos los demás llevó consigo
Al Velasco también en son de preso,
Y en Coro lo entregó con esta gente
A quién allí quedaba por teniente.

Espira su viaje proseguía,
Que ya no halla pluvia que lo pare;
Y el verano llegado hizo vía
Entrel río de Apuri y de Sarare,
Adonde halló gente caquetia,
Y bastimento con que se repare:
Es aquesta nacion muy estendida
Y en infinitas partes dividida.

De fuerzas lleva ya gran menoscabo,
A causa de cubrir terrenas cuevas
Muchos de quien trabajos dieron cabo,
Por ser en las entradas gentes nuevas.
Por Caroni pasaron y Carabo,
Río que nace ya de los Tunuevas,
Y el nombre se le dió de Alonso Diaz,
Porque su agua dió fin á sus dias.

Hallaron sal y ropa mantellina,
Y alguna joya de oro mal labrada,
Por ser esta provincia que confina
Con este nuevo reino de Granada:
Es aquesta nacion toda benina,
Y en las culturas bien ejercitada.
Proceden mas á su descubrimiento
Hacia do tiene Pauto nacimiento.

Y el Estéban Martín tomó por guía
Un guayqueri que dijo ser esperto
En los secretos desta serrania,
Afirmándole ser testigo cierto;
Y consta ser la tierra que decia
El reino que tenemos descubierto,
Pues dijo conocer á Sogamoso,
En aquellas sazones poderoso.

Oída la noticia que el villano
Daba de la riqueza de la tierra,
Al George Espira tienen por insano
Y el Estéban Martín dice que yerra
En ir perseverando por lo llano
Sin calar los secretos de la sierra;
Mas á cualquiera que se lo decia
Con impaciencia grande respondia:

Juzgando lo mejor por desatino,
Y la sabia razon por indiscreta;
Y así, para seguir aquel camino,
A parecer ninguno se subyeta,
Por ser muy diferente su desino,
Vencido de la gran fama de Meta,
Que fué general hecho que seguian
Los que por aquel tiempo descubrian.

Dejados pues los mas ciertos apriscos,
En daño del ganado que regia,
Huyó de caminar por altos riscos,
Y en la demanda fué del río Hia,
Do perecieron tres maestros Franciscos,
Y todos ellos juntos en un día,
En unas mismas aguas y corrientes,
Aunque en oficios eran diferentes.

Prosiguen el camino por Opía,
Sufriendo de fortuna mil reveses,
Y la tardanza fué con demasia
Por aquellas riberas y conveses;
Pues por la gran creciente que traía
En pasallo tardaron ocho meses.
Y al fin efectuado su pasaje,
A la parte del sur hacen viaje.

Iban por aquel rumbo via reta,
Pasando rios que les daban vado;
Con hambre que los mas fuertes subyeta
Atravesaron grande despoblado,
Hasta venir á dar al rio Meta,
Que no la pudo dar á su cuidado:
Vive la gente dél con desengaño.
Pues nada de su cuerpo cubre paño.

Desde las plantas á los altos cuellos
Sus partes se verán desabadas,
Ellos hasta la cinta los cabellos,
Y las mujeres todas tresquiladas;
Tanto que juzgareis ellas ser ellos,
A no ver las señales apropiadas
Donde naturaleza diferencia
El existente ser del apariencia.

Prosiguieron la senda mas batida,
Con la solicitud acostumbrada,
Hallaron pueblo lleno de comida,
Donde tuvieron noche descansada:
La gente toda dél era huída,
Y en parte diferente congregada;
Veláronse, según comun costumbre,
Por evitar alguna pesadumbre.

Antes que Venus con dorada frente
Fuese del claro dia mensajera,
El Espira, con parte de la gente
De caballo, siguió cierta carrera
Para buscar el morador ausente
Y ver la poblacion desta frontera,
En el pueblo dejando los restantes
Con el reguardo que tenían antes.

Y el santo resplandor de la mañana
Por cumbres y por llanos estendido,
La gente que quedaba castellana
Oyeron de cornetas gran ruido;
Y luego descubrió por la zavana
Golpe de gente bien apercibido
De varias armas, intencion nociva,
Sin ver á George Espira por dó iba.

En la composicion de su ordenanza,
Pavés y dardos llevan los primeros,
Y los de mas atrás aguda lanza;
Tras estos muchedumbre de flecheros,
Y hondas, de que tienen gran usanza,
Cuyos tiros no son menos certeros:
Los que velaban de los peregrinos
Dan arma sin que dejen los caminos.

E un Francisco Sanchez, buen soldado,
Tuvo tan gran esfuerzo y osadía,
Que sin dejar el puesto señalado
Ni huir el estruendo que venía,
De gente que llegó por aquel lado
El impetu terrible resistía,
Igualando los golpes de su diestra
A la temeridad que en esto muestra.

Tal era de sus brazos el gobierno
Y fuerza de que lo dotó natura,
Que el mas duro pavés hallaba tierno,
Blanda la lanza de madera dura;
Y á costa de la gente de aquel cuerno
Tincta se ve de sangre la verdura:
A unos las entrañas va rompiendo,
A otros da temor con el estruendo.

Como quien con pesada podadera
Va rozando de plantas varias tramas,
Para hacer allí su sementera,
A todas partes derribando ramas,
Y hacen mella ya por la ladera
Los carrascos, quejigos y retamas,
Por ser aquellos árboles enhiestos
De sus nativos troncos descompuestos:

No menos en la furia se mostraba
En esta parte donde combatía,
Pues en el escuadron se señalaba
Aquella grande mella que hacia:
Brazos, piernas, cabezas derribaba
De quien con mas furor acometía,
Sin que los muchos que le daban guerra
Le hiciesen perder paso de tierra.

Acuden españoles al ruido,
A fin de sustentar tan bravos hechos;
Mas tanto tiro, grita y alarido,
Les hacian los pasos ser estrechos;
Y así, sin ser con tiempo socorrido,
Le dieron con un dardo por los pechos,
Con cuya crudelísima herida
Perdió luego las fuerzas y la vida.

A fin de refrenar infladas venas,
Pusieronse los nuestros por delante;
Mas fué como mojar las velas llenas
Del barco por que corra mas avante,
O como minutísimas arenas
Opuestas á gran viento de levante;
Sin dar lugar á la cristiana lanza
El indiano concierto y ordenanza.

Regíanlos catorce capitanes,
Como gigantes todos y animosos,
A su modo soberbios de galanes,
Aunque los ornamentos son plumosos,
Y según los meneos y ademanes,
De ensangrentar las manos codiciosos:
Ondean por los hombros de salvajes
Grandes diversidades de plumajes.

El mas principal dellos les decia:
« Adelante los míos, que notoria,
Según el buen principio deste dia,
Tenemos desta gente la victoria;
Demás de que también de parte mia
No terná menoscabo vuestra gloria,
Pues si el ejemplo del mayor aplace,
Aquí vereis mi diestra lo que hace.»

Apenas les habló desta manera,
Cuando vestido de furor insano,
A todos les tomó la delantera,
Con tres ó cuatro dardos en la mano;
Clavó del primer golpe la mollera
Al desdichado mozo Joan Serrano:
Fué la punta del tiro tan profunda,
Que no fué menester llaga segunda.

Trabóse mas del uno y otro bando
El bélico furor triste y horrendo;
El indio fiero tierra va ganando,
El español feroz la va perdiendo;
Innumerables hondas disparando
Con sus crujidos hacen tal estruendo,
Que de sobresaltados los caballos
Mal pueden los jinetes concertarlos.

Por el poco lugar que se le daba,
Arma del español anda suspensa;
Y el dardo, piedra, flecha, que llegaba,
Era por todas partes tan inmensa,
Que ya ninguno dellos procuraba
Sino tan solamenté su defensa,
Yéndose retrayendo de la muerte
Del campo llano para lo mas fuerte.

Oyó luego la grita George Espira,
Y en este punto, sin que mas atiende,
Para librar los suyos desta ira,
Volvió con los demás á media rienda:
Vido cómo su gente se retira,
Llevando lo peor en la contienda;
Las espaldas tomó del enemigo
Haciendo crudelísimo castigo.

De treinta de caballo son heridos,
Que derramando sangre van sin duelo;
Los indios viendo ser acometidos
Por adonde vivian sin recelo,
Revuelven á los gritos y gemidos
De los que ya quedaban por el suelo,
Y viendo los mortíferos conciertos,
Quedaron de pasmados como muertos.

Como lugar de golpes y alborotos
De muchos oficiales comarcanos,
Do labra cada cual según su voto
El palo, el hierro, los dorados granos,
Y por un repentino terremoto
Solieron instrumentos de las manos,
Martillo, mazo, y el formon agudo,
Y queda luego todo como mudo:

Destá suerte también fué la caída
Del cacique feroz y sus vasallos,
Oyendo de repente la venida
Y el tropel que traían los caballos;
Y aquellos que llevaban de vencida
Embistieron también por ayudallos,
De tal manera, que por cada parte
Venció contrarios el cristiano Marte.

Con tan bravo furor se daba caza
Por nuestros caballeros y peones,
Que el campo raso se desembaraza
De los embravecidos escuadrones,
Quedando todavía por la plaza
De cuerpos muertos grandes los montones:
Penachos, dardos, lanzas, y no menos
De paveseos caminos quedan llenos.

Conclusa la batalla, no sin lloro
De los que comenzaron las rencillas,
Revolviendo las plumas y el decoro
De indios que hicieron maravillas,
Descubrieron algunas joyas de oro,
Y de plata pequeñas campanillas.
Como de aquellas que por adornallos
Ponen en los bozales de caballos.

E un chiffe de plata fué hallado,
Que según en labor era pulido,
Por manos españolas fué labrado,
Con lo demás de plata referido;
Puso los españoles en cuidado,
Pensando de qué partes ha venido,
Mas yo bien creo que la plata era
De Ordás, Ortal ó Alonso de Herrera.

Fueron pues por entonces compelidos
A hacer en aquel lugar asiento,
A causa de soldados que heridos
Quedaron del rigor sanguinolento;
Y hasta los tener convalecidos
No prosiguieron su descubrimiento;
Y cazaban por esta circunstancia
Venados de que hay gran abundancia.

Yendo pues á cazar una mañana
Bonilla, San Martín, Rodrigo Infante,
Hijo de noble gente sevillana,
Y el Estéban Martín y un Fustamante,
Vieron atravesar por la zavana
Un indio poco menos que gigante,
De dardos y pavés aderezado,
Y con mujer y dos hijos al lado.

Baten las piernas luego por la plaza
A fin de tomar presa semejante;
El indio luego se desembaraza
Echando hijos y mujer delante,
Con animo de dar orden y traza
De los librar del riesgo circunstante;
Y así como león ó tigre fiera,
En medio de aquel llano los espera.

Rodean todos ellos al desnudo,
Que solo, sin tener otra compañía,
Puso mano á los dardos y al escudo,
Y en detenellos él se dió tal maña,
Que sin la perturbar su mujer pudo
Tomar con los hijuelos la montaña,
Quedando por librar á su querida
En grandísimo riesgo de la vida.

Queriendo ir tras la feminea planta,
Como le perturbáron el antojo,
El brazo robustísimo levanta,
Y con aquella gran furia y enojo,
A Fustamante dió por la garganta,
Y al caballo de Infante quebró el ojo:
Roja se ve la tierra y el arena
Con el licor de la cristiana vena.

El indio todavía da corridas
Porque sus piés lijeros lo rescaten,
No teniendo mas puntas prevenidas;
Arremetieron pues los que combaten,
Y aunque le dieron dos ó tres heridas,
Arteaga rogó que no lo maten;
Al fin prendiéronlo, y aunque no sano,
En sus hombros pusieron al cristiano.

Al pueblo lleva pues el indio preso
Al que de muerte hizo ser captivo,
Y fué como si no llevara peso
Por ser de la manera que os escribo:
Llegó de desangrado ya tan leso,
Que parecía mas muerto que vivo;
Al fin iba la vena tan rompida
Que con la sangre le huyó la vida.

El matador en miembros estremado
Andando con cristianas compañías,
O de ver su mujer desconfiado,
Por quien siempre crecían sus porfias,
O ya podría ser de mal curado,
En breve tiempo dió fin á sus dias;
Mas el ausencia siendo mal tan fuerte
Creyeron que fué causa de su muerte.

La gente peregrina y extranjera,
Viendo ya sus heridos cuasi sanos,
Prosiguen adelante su carrera
Hasta San Joan que dicen de los Llanos;
Cuyo lugar en la presente era
Conocemos poblado de cristianos:
Y cuando tracte deste reino nuevo
Terneis en él un apacible cebo.

Hallaron indios puestos en asecho,
Y ejército compuesto y ordenado,
De gran alteracion lleno su pecho,
Y á belicosos trances arrojado;
Pero para contaros este hecho,
Siéntome de presente fatigado;
Después lo contaré mi baja lira
Sin autorizar brizna de mentira.

CANTO SEGUNDO.

Donde se cuentan los grandes recuentos que tuvieron, y cómo viéndose George Espira con gran falta de gente determinó de volver á la ciudad de Coro, y lo que sucedió en el camino.

En guerras mucho vale la pujanza,
Do lo mas á lo menos señorea,
Porque notorio es que gruesa lanza
Al tiempo de romper menos blanda;
Pero ninguno tenga confianza
Hasta ya ver el fin de la pelea,
Pues acontece por alguna suerte
Lo mas flaco vencer á lo mas fuerte.

Destá verdad ejemplo fué patente
Aquesto que tenemos entre manos,
Donde la muchedumbre de la gente
De indios consumiera los cristianos,
A no hacerse lance conviniente
Por los pocos y flacos castellanos;
Porque de todos ellos hecha cuenta
Serian á lo mas ciento y cincuenta.

Y no podía bien ser numerada
La gente del ejército salvaje,
Pues la tierra tenían ocupada
Con determinacion y con coraje:
Pavés de manatí, lanza tostada,
Casco de duro cuero con plumaje,
Con dardos ó con flechas muchos dellos,
Y cornetas colgadas de los cuellos.

Escuadrones compuestos y ordenados,
Con varios instrumentos pungitivos,
Tan atrevidos y desvergonzados,
Que los quieren á manos tomar vivos:
Ya tienen á los nuestros rodeados
Por dar ejecucion á sus motivos;
El alemán recoge su bandera,
Animándolos bien desta manera.

«Señores, menester es poner freno
A las bestias que corren tan sin tasa,
Lo cual no puede trepidante seno
Ni mano que de golpes es escasa;
Y para conocer quien lo da bueno,
Ya tenemos las manos en la masa:
Otro medio no hay ni se requiere,
Sino que haga mas quien mas pudiere.

»Bien reconozco yo que se levanta
Contra cascada nave gran tormenta;
Pero ni la que vemos, ni otra tanta,
Si de las atrasadas hago cuenta,
Me pone sobresalto ni me espanta,
Ni pienso salir della con afrenta:
Ni quiero mas socorro ni mas luengo
De tener de mi parte los que tengo.

»Furia de indios es desvanecida,
Y muy bien conoceis su movimiento
Cuán á poquitos golpes da caída;
Y aquesto baste por prevenimiento:
Demás de que perdeis honor y vida
Si gozan estos deste vencimiento,
Y ser grave dolor quel alma siente
Morir á manos de tan torpe gente.

»Encomendaos á Dios como cristianos,
De cuya mano viene la victoria,
Pues el dará valor á vuestras manos
Para poder salir con esta gloria;
Porque matar salvajes inhumanos
Pareceme ser obra meritoria:
Escuadras se repartan y se ordenen,
Y vamos por el orden que ellos vienen.

»El contrario tenemos ya vecino;
Su gente trae no mal repartida:
Nosotros vamos por el mismo tino,
Segun la traza y orden proveída.
Al fin los nuestros salen al camino,
A dar el parabién de la venida,
Y el mismo George Espira y el Esteban
El avanguardia de la gente llevan.

La hora, de temores alcahueta,
Hace temblar la barba y el copete;
Tocóse por señal una trompeta,
De parte del peon y del jinete;
De todas partes cada cual aprieta
Las armas en las manos, y arremete;
El Estéban Martín recata y mira
Con gran cuidado por el George Espira.

Y el George Espira no se descuidaba
De resguardar también el compañero:
El estrago que hacen declaraba
Cualquiera dellos ser un Marte fiero;
La lanza duros pechos traspasaba,
Corta robustos brazos el acero:
Aquestos dos que van en delantera
Amplísima dejaban la carrera.

El buen Filipe de Uten perseguía
La parte que su parte mas estraga;
Pues Bartolomé Berzar no dormía,
Antes para los indios es gran plaga:
¿Quién os podrá decir lo que hacia
El valiente Martino de Arteaga?
¿Qué Santa Cruz? y qué Diego de Montes,
Terror y espanto destos horizontes?

Y los demás de quien mención no hago,
Aunque los conocí por fama y vista,
Hacían en los indios tal estrago,
Que no hallan valor que los resista;
Y el indio fiero, por hacerse pago,
Con gran coraje sigue su conquista:
Los gritos, los clamores y el estruendo
Los delicados aires va rompiendo.

Cada cual procurando su venganza,
Frio temblor del pecho se destierra;
Anda superior cristiana lanza;
Y cuando juzga dar fin á la guerra,
De indios acudió tan gran pujanza,
Que nuestros españoles pierden tierra,
Y ser divino don cada cual piensa
El irse defendiendo sin ofensa.

Bien como piedra magnes que á si llega
Cualquier cosa de hierro circunstante,
Mas en aquel compás do lo congrega
Si ponen algun fino diamante,
Como superior se lo despegas
Y luego se lo quita de delante,
Adonde se conoce claramente
Su fuerza y su virtud ser mas potente:

Así les acontece peleando
A los valerosísimos cristianos,
Pues cuando la victoria van cantando
Con proezas y hechos soberanos,
La gran potencia del contrario bando
Luego se la quitaba de las manos,
Haciéndole por fuerza que destuerza
El hilo quien tenia menos fuerza.

Llegó pues multitud del adversario,
Con un impetu tal y tan horrendo,
Que sin volver espaldas al contrario
Los nuestros se venían retrayendo:
El alemán que vió suceso vario,
Sus escuadrones iba deteniendo
Por tal compás, tal orden y concierto,
Que ninguno cayó ni quedó muerto.

Algunos dellos iban amarillos,
Sin esperanza de gustosas presas;
Así soldados como los caudillos
Retrogradando van por las dehesas;
Ninguno daba dobles ni sencillos
Por ser la danza toda de represas,
Y aun estas cada cual dellos las mide
No con aquel compás que el baile pide.

Yendo ya todos de color de gualdas,
Sin reparar y sin volver las ancas,
Vinieron hasta dar con las espaldas
En un rio de muy altas barrancas;
Por no poder pasar ni mojar faldas
No quieren mas tener las manos mancas,
Porque por la gran cava contrapuesta
O morir ó vencer solo les resta.

Un indio sobre todos bien dispuesto
Había, que los otros mas incita
En daño de los nuestros y denuesto,
Y ronco ya de dar voces y grita,
De un terrible y espantable gesto,
Y que en los riesgos mas se precipita,
A unos da calor, otros provoca,
Echando espumarajos por la boca.

Así como pastor que va gritando,
Acia corral las vacas recogiendo
Y á los toros que ve de cuando en cuando
La cornigera frente revolviendo,
A perros que le vienen ayudando
«Carga, carga, mastin,» anda diciendo,
Y aquellas voces hacen tal efeto
Que la manada ponen en aprieto:

Ni mas ni menos estos indios diestros,
Con ánimo que el otro les ponía,
A toda furia sueltan los cabestros
Sin jamás aflojar de su porfía,
De suerte que tenían á los nuestros
En una gran congoja y agonía;
Y el Estéban, vigor desta conquista,
En el bravo gandul puso la vista.

Estaba de su puesto tales trechos
Que brazo de mortal no los alcanza;
Mas por opuestos indios y pertrechos
Y por los aires arrojó la lanza,
Que para traspasallo por los pechos
Ejecutora fué de su esperanza,
Hasta clavar el suelo, y entró tanto
Que fué de los cercanos gran espanto.

Mucho se resfrió por esta parte
La furia de la gente cuasi prieta,
Y viéndolos Espira de tal arte
Mandó tocar de nuevo la trompeta;
Aliento recobró cristiano Marte;
Y así por todas partes los aprieta:
Tanta sangre de nuevo ven vertida,
Que tuvieron por buena la huida.

La muerte donde quiera les amaga;
Como huyen por campo descubierta
Ninguno dellos sabe qué se haga:
Quel vencido no ve reparo cierto.
Cayó sobre los indios grave plaga,
Y de cristianos fué ninguno muerto:
Espira viendo tan honroso lance
Mandó que no siguiesen el alcance.

Antes por ver las furias en remanso
Que pudo prometer seguras treguas,
Y el contrario, segun iba ya manso,
No pensaba parar en muchas leguas,
De su consejo fué tomar descanso
Ellos y los caballos y las yeguas,
Y volver donde fuesen proveidos
A costa de los miseros vencidos.

Al pueblo principal fueron derechos,
Y queriendo gozar de los despojos,
Hallaron ser menores los provechos
De lo que demandaban sus antojos.
La noche se pasó contando hechos
De cosas que se vieron por los ojos,
Alabando también á circunstantes
Que lo hicieron bien el día antes.

Do cada cual quedaba satisfecho
Del buen gobernador en este día,
Pues á su nombre traspasó su hecho
Porque George Formut, qué se decía,
En alemán es hombre de gran pecho
O de gran corazon y valentía:
Al cual, demás ser muy gentil hombre,
Le venia pequeño mayor nombre.

Insigne capitán, y demás desto
No menos devotísimo cristiano,
A nadie fué pesado ni molesto
Con le dar ocasión y tener mano;
Toda su vida fué retracto honesto,
Sin nota ni resabio de liviano;
Tuvo ya por poblados, ya por yermos,
Gran vigilancia sobre los enfermos.

En descansando pues dos ó tres días,
Espacio muy mas breve que bastante,
Las ya menoscabadas compañías
Determinaron de pasar delante:
Llevaban por entonces ciertas guías
Que riqueza prometen abundante,
Y para los poner en la tal tierra
Habían de metellos por la sierra.

Oída la noticia que decimos,
Cada cual el efeto deseaba,
Y segun del paraje coligimos
Y la guía sus pies encaminaba,
Es este reino donde residimos,
Que para mas tardios se guardaba,
Pudiendo ser primero George Espira,
Pero Diego de Montes lo retira.

Persuadiendo ser entrada mala,
Y ser cosa que mas les convenia
Continuar el llano por el ala
De la sierra, y aquella los ponía
Debajo de aquel círculo que iguala
Distancia de la noche con el día;
Pues aunque se hiciese mas rodeo,
Hallarian el fin de su deseo.

Estimulados pues desta sospecha,
Aunque fué lo que menos les convino,
Propósito primero se desecha,
Teniéndolo quizá por desatino:
Llevan la sierra sobre man derecha,
Adelante siguiendo su camino,
Y á tres ó cuatro días de jornada
Toparon una fuerte palizada.

De palos gruesos, altos, bien hincados,
Que con bejuocos van entretejidos,
De tres ó cuatro cintas rodeados,
Apretados y muy fortalecidos:
Gran número de indios congregados
Y á su defensa bien apercebidos,
Infinidad de flecha, dardo, honda,
Y propugnáculos á la redonda.

El español la paz les amonesta,
Con la cual muchas veces les requiere;
El bárbaro feroz da por respuesta,
Que después la hará quien mas pudiere:
Niegan cualquiera condicion honesta
Para que de amistad se desespere;
Y á querer socorrelles con comida,
Los nuestros se pasaran de corrida.

Pero dijéronles: «Perded cuidado,
Que vuestra voluntad ha de ser hecha,
Pues el manjar mejor aderezado
Ha de llevar la punta de la flecha:
El dardo servirá de pan pintado,
Cuya punta no luego se desecha,
Antes es tal, que donde quier que llega
Con grande pesadumbre se despega.

»Decidnos, ¿qué son vuestros pareceres?
¿Con qué furia venis ó con qué viento,
Pues tan menoscabados de poderes
Os arrojais á tanto detrimento?
No tenéis hijos, no traéis mujeres,
No tenéis pueblo, no haceis asiento,
No conoceis labranza ni hacienda,
Sino muy mala suerte de vivienda.

»Y si tenéis mujeres, y son buenas,
Vosotros no debéis ser hombres buenos,
Pues os queréis servir de las ajenas
Y andais á saltar bienes ajenos:
Las caras os dió Dios de pelos llenas,
Y de maldad tenéis los pechos llenos:
Trabaja, trabaja, gente sin freno,
Y no queráis comer sudor ajeno.»

Estas palabras y otras semejantes
Decían estos bárbaros vecinos
A nuestros trabajados caminantes
Y mas que fatigados peregrinos:
Que si las miran ojos vigilantes,
No fueron totalmente desatinos;
Pero los nuestros ya sin sufrimiento
Determinados van al rompimiento.

Y allí ninguno dellos se reparte,
Antes toda la gente bien armada
Quiso romper por una sola parte,
Que parecia mas acomodada.
Crece la furia de uno y otro Marte;
Vuela la flecha, y anda la pedrada;
La castellana hacha corta y hiende
Palos que el fuerte bárbaro defiende.

Por los palos que están mal ajustados
Hacen algun efeto las ballestas;
Mas la solicitud de los cercados
Non tarda en volvelles las respuestas:
Dentrambas partes hay descalabrados;
Unas armas á otras son molestas;
Acuden allí tantos escuadrones
Que se causaban grandes confusiones.

No de llenas encinas tantos granos,
Ni de lleno nogal nuez tan espesa,
Derriba la caterva de villanos
Andando vareando muy aprieta,
Cuanta caía sobre los cristianos
Piedra, saeta, dardo, que no cesa:
No les bastaba ya fuerza de brazos
Y los escudos hechos mil pedazos.

Pareciéndole gran inconveniente
Estar todos allí como terreros,
Retrajose del cuerpo de la gente
Estéban con catorce compañeros;
Los cuales fueron abscondidamente
Do parecían mas flacos maderos;
Danse tan buena maña sin sentillo,
Que pudieron abrir un buen portillo.

El Estéban Martín en el momento
Entró con el caballo bien armado;
Todos catorce van en seguimiento
Para señorear el gran cercado;
Acuden bárbaros al rompimiento,
Mas era ya sin fruto su cuidado,
Pues no suele temer mayor pujanza
Estéban á caballo con su lanza.

Rodeado se ve de mil cuadrillas
El y los que le siguen con rodellas,
Mas él iba haciendo maravillas
Batiendo con buen aire las espuelas,
Atravesando pechos y ternillas,
Derribando quijadas, dientes, muelas:
Espira, viendo ya su gente dentro,
Acudió con los otros al encuentro.

Anda con tales bríos el acero,
Y el calido fervor de la contienda,
Que quedó por señor el forastero,
Y el morador huyó de su vivienda,
Sin poder amparar al heredero,
Ni poner en recado su hacienda:
Recogen españoles los haberes
Con cantidad de niños y mujeres.

Reposaron después en el asiento
Seis días, porque el campo se repare,
Y prosiguiendo su descubrimiento
Bebieron de las aguas del Guayare;
El cual principio es y nacimiento
Del prepotente río de Uyapare,
Dicho por otros nombres Urinoco,
De quien en lo de Ordás no dije poco.

Caminando después una mañana
Orilla del Guayare poderoso,
En una prolisísima zavana
Dieron los de caballo con un oso:
Rodeólo la gente castellana
Como toro que tienen en un coso,
Llegaron de peones gente mucha
Por respecto de ver aquella lucha.

Arremetió Hierónimo Cataño
Creiendo de poder alancearlo,
Mas el atrevimiento fué con daño,
Pues cuando se llegó para matarlo
Usó la bestia de mayor engaño,
Asiendo de las piernas al caballo,
Y como si tronchara flaco leño
En tierra dió con él y con su dueño.

De mano de la bestia carnífera
El caballo quedó luego tendido:
Hierónimo Cataño pereciera,
A no ser prestamente socorrido;
Y el oso se escapó de tal manera,
Que de ninguno pudo ser herido:
Suelen algunas veces ser dañinos
A los indios que tienen mas vecinos.

Bien cerca de un estancia que yo tengo
Y donde por un mal inconveniente
En alguna manera me detengo,
Del cual diré quizá mas claramente,
Un oso destes hubo tiempo luengo
Que consumió gran número de gente:
Matólo George Perez, un mestizo,
Con tiro de arcabuz que en él se hizo.

Alguna vez también hemos hallado
En árbol alto barbacoa hecha,
Donde ya sube puerco, ya venado,
O cazas otras de que se aprovecha;
En alto tiene hecho soberado,
Y por sus manos cama donde se echa:
Fuerza de osos es que no me espanta
Subir venados á tan alta planta.

Marchando pues con estos trompezones
Pasaron por algunos despoblados,
Hasta que dieron en las poblaciones
Que llamaron de los enmascarados;
Que al parecer venian con jubones
Y con muy justas calzas atacados;
El cuerpo cada cual embarnizado
De colores de negro y colorado.

Sobre la ropa que les dió natura,
Y como buen barniz bien asentado
Era desta manera la pintura,
Sin ninguno venir diferenciado:
Bitumen negro hasta la cintura,
Y todo lo demás de colorado,
Las caras ansimismo traian negras,
Plumas con cascabeles de culebras.

Aquestos son de víboras crueles,
A quien ha la natura proveído
En punta de la cola cascabeles
Para que no se muevan sin ruido:
Y así los infieles y fieles
Se valen y aprovechan del oído,
Huyendo del mortífero veneno
Que suele de remedio ser ajeno.

Mas á nuestros guaypies nos volvamos,
Que así los dichos indios se decian,
Los cuales de la suerte que pintamos
Camino de los nuestros se venian;
Y alentados y sueltos como gamos,
No con poco furor acometian
Con muy grandes paveses y azagayas,
Y los penachos son de guacamayas.

A las plumas el cascabel asido,
Que como caracol os represento,
Y como hoja seca su ruido,
Que lo puede también llevar el viento;
Argúyese del número crecido
Haber allí de víboras aumento,
Pues que traian dellos tantas sumas,
Colgando como digo de las plumas.

Vinieron escuadrones bien armados,
Haciendo como suelen gran estruendo,
Contra treinta finisimos soldados
Que iban adelante descubriendo;
Los cuales viéndose dellos cercados,
«¡Santiago y á ellos!» van diciendo:
Dos de caballo hay en la zavana,
Un Damian de Barrios y un Lizana.

También estaba Martin de Artega,
Entre soldados buenos escogido,
Mas agora no sabe qué se haga,
Que el brazo diestro tiene mal tullido;
La fuerza de los indios los estraga,
Y el escuadron cristiano va rompido:
A Dios el Artega se encomienda,
Y en el rigor entró de la contienda.

A un fuerte gandul se fué derecho,
Tomando lanza con enferma mano,
Mas segun el suceso deste hecho,
El golpe que dió fué de brazo sano,
Pues que le traspasó pavés y pecho;
Y hoy hace juramento de cristiano
Que después en el brazo ni en la vena
Jamás sintió dolor que le dé pena.

Rompido fué por otros escuadrones,
Sin ponelle temor las puntas duras:
Acuden caballeros y peones,
A fin de les romper las vestiduras,
Pespuntando las calzas y jubones
Que el calcetero hizo sin costuras:
Unos dejan allí las calzas luego,
Y otros tomaron las de Villadiego.

Desbaratados pues estos gentiles,
Que con acometer de furias llenos
Revolvieron huyendo como viles,
Los nuestros fueron á henchir los senos
Al pueblo que llamaron de Perniles,
Por se hallar allí muchos y buenos,
A causa de cazar estos guaypies
Crecida cantidad de jabalies.

Y en aquellas regiones apartadas
Acontece topar en campo raso
De puercos crecidísimas manadas,
Que al peregrino hacen muy al caso,
Pues en necesidad de las entradas
Son gran socorro del hambriento vaso,
Y el que caballo tiene y campo ancho,
Con la lanza provee bien su rancho.

Suerte de caza es tan deleitosa,
Que suele proveer hambrientos sacos,
Y en alguna manera peligrosa,
A causa de vejisimos verracos,
Que con navaja fiera y espumosa
En su defensa no se muestran flacos;
E uno destes por alanceallo
A mí me hirió mal un buen caballo.

Antonio de Esquivel, un caballero,
Que ha poco que dió postrer suspiro,
Contaba deste bárbaro montero
Un modo de cazar de que me admiro,
Y fué que con tocar el solo cuero
Con no sé qué que ponen en el tiro,
Do quiera que le diere, si le acierta,
Cae la caza luego como muerta;

Pero cumple llegar con gran presteza
A la caza después del tocamiento,
Por no ser duradera la torpeza,
Ni aquella flojedad y adormimiento;
Pues cobra la perdida lijereza,
Si hay en la matar detenimiento:
Débenle de tocar con algun hueso
Del peje temblador que atrás espreso.

Mas estando después en esta vega,
No con poco descuido los cristianos,
Tuvieron una muy mala refriega
Con otros indios destes comarcanos,
Do bárbara canalla se les pega,
Hasta quitar las lanzas de las manos
A ciertos caballeros fanfarrones
De los que acá llamamos chapetonés,

En itálicas guerras ya tenidos,
Segun ellos decian, en gran precio,
Demás de ser mil veces instruidos
En militar doctrina de Vegecio;
Mas agora quedaron muy corridos,
Y cada cual en posesion de necio,
Por no dar muestras en aquel rebato
De lo que pide bélico recato.

Mas contra las catervas atrevidas
Los dos mancebos Berzares famosos,
Bartolomé y Filipe, dan heridas
Y golpes de tal suerte sanguinosos,
Que dejaron las lanzas y las vidas
Los que con ellas iban victoriosos,
Y las restituyeron á sus dueños,
A quien vergüenza hizo mas isleños.

De los dichos guaypies despedidos,
Caminaron por el orden que conviene,
Hasta mojar los pies y los vestidos
En el famoso río Papamene;
Cuyos términos, siendo conocidos,
Reconocieron que su curso tiene
Por la equinoccial, do se barrunta
Que con el Marañon sus aguas junta.

Corren las otras bandas, no sabidas
De guias que llevaban por testigos:
Hallaron poblaciones destruidas
Por indios destes pueblos enemigos;
Las aguas de los rios van crecidas;
Conviéneles buscar nuevos abrigos,
Pues la boca del Tauro les enseña
Las Hiadas, de pluvias clara seña.

Preguntaron allí por tierra rica
A un viejo gandul que fué tomado,
Y aqueste dió noticia de Ocoarica,
Cacique de crecido potentado;
Los nuestros le decian de Oroarica,
Y después le llamaron el Dorado:
Y en aquella demanda y apellido
Otras muchas armadas se han perdido.

Como Filipe de Uten, ya nombrado,
Que quiso ver el fin desta jornada;
Y deste reino bien aderezado
Salió también Jimenez de Quesada,
Hermano de aquel buen adelantado
Que por allí después perdió su armada;
Y Ursua se perdió ni mas ni menos
Por falta de leales y de buenos.

Es aquesta noticia, segun toco
En otra relacion que tengo hecha,
Entrel gran Marañon y el Urinoco,
Y es por Pirú la via mas derecha;
Y á quien de descubrir no gusta poco
Todavía le dura la sospecha
Que por aquel compás y largo seno
Debe de haber algun pedazo bueno.

Pues como la creciente de aquel río
Papamene venia ya con saña,
George Espira hizo del desvío,
Y su gente metió por la montaña:
De grandes cenagales y rocío
Muy fatigada lleva su compañía,
Donde tanto atascaban los caballos,
Que muchos se quedaron sin sacallos.

Pero los que eran carga del caballo,
Por vueltas de fortuna mal compuestas,
Tienen por bien agora de cargallo,
Y de llevallo huelgan á sus cuestras,
Sin dejar cuero, pié, tripa ni callo,
Ni parte de las partes inhonestas,
Pues de todos sus miembros lo mas malo
Era regaladísimo regalo.

Todos van sin vigor y sin sustancia;
Su gran necesidad es increíble;
Y en aquella larguísima distancia
Hallar grano de sal es imposible:
Que de todas las faltas de importancia
La falta de la sal es mas terrible,
Pues cuando sal algun soldado tiene
Con solamente yerbas se mantiene.

Sin ella son bocados de amargura,
Cortamiento de miembros, y un contino
Devanear no lejos de locura;
Antes es todo cuasi desatino:
Al fin, debajo desta desventura,
Siguiéron adelante su camino
Con otros muchosfortunosos toques,
Hasta llegar á tierra de los choques.

Nacion que no sé cómo me la llame,
Pues esta es indubitavelmente
La mas sucia, mas torpe, mas infame,
Que cuantas tienen hoy nombre de gente:
Y aunque mas sus vilezas encaramo,
Es sacar una gota de gran fuente;
Su sustento lo mas es tan inmundo
Que cosa no se vió mas en el mundo.

Pues demás de comer humanas gentes,
Maldad en que ellos viven muy espertos,
Comen diversidades de serpientes,
Sin que sepan tener limites ciertos:
Comen sus propios hijos y parientes,
Suelen ser sepulturas de los muertos;
Gusanos come la nacion maldita,
Y hasta los cabellos que se quita.

Son demás de lo dicho gentes vagas,
Y á vueltas de lo que comer procuran
Comen hilas y parches de las llagas
Que quitan españoles que se curan;
Si te lavas las manos, ó ya bagas
Lavarte los piés sucios, se apresuran
A beber aquel agua sucia y fea
Como delicadísima clarea.

Son indios bien dispuestos y alentados,
Sin orden, sin razon y sin gobierno,
Ferozes, atrevidos, alocados;
El viejo, mozo y el muchacho tierno
En el acometer determinados,
No menos que demonios del infierno;
Sus armas lanzas son, pavés y dardo
Que bien ha menester duro reguardo.

En hacer estas armas no son rudos,
Ni tienen, cierto, sutileza poca;
Pintan el sol en todos sus escudos,
Con sus rayos, nariz, ojos y boca;
Los choques todos son hombres desnudos,
Y á las hembras cubierta no les toca:
Todos andan al natural estilo,
Sin torcer ni hilar un solo hilo.

Si vuelve las espaldas algun bando,
No es porque su furia se mitigue,
Pues lo suelen hacer de cuando en cuando
Para mas molestar á quien los sigue;
Porque dardos agudos van hincando
Adonde su contrario se castigue,
Y en los hincar no son tan indiscretos
Que no hagan mortíferos efetos.